

UNA ÉPOCA Y UN CAMINO



Rubén Ardila

*Caminante son tus huellas,
el camino y nada más.
Caminante no hay camino,
se hace camino al andar.*

Antonio Machado

- Presentación
- Lo que el viento se llevó
- Mi tiempo y mi época
- La psicología
- El trabajo
- ¿Dónde pertenecemos?
- ¿Quién soy yo?
- Ser diferente
- La siguiente etapa
- Referencias
- Libro sobre la obra de Rubén Ardila
- Libros publicados

PRESENTACIÓN

Cuando se me pidió participar en este proyecto sobre autobiografías de psicólogos iberoamericanos, por gentil invitación de los editores, doctores Hugo Klappenbach (Argentina) y Ramón León (Perú), consideré que era un gran honor y un especial privilegio compartir mis experiencias y mi desarrollo evolutivo con colegas y amigos a lo largo y ancho del planeta. Consideré también que era preferible no escribir mis memorias en la forma acostumbrada, dado que hace un tiempo publiqué mi autobiografía (1994) en la

Revista de Historia de la Psicología (España) por amable invitación de mis colegas españoles. He escrito igualmente una autobiografía extensa que publiqué recientemente (2012). En esta ocasión y para este libro he preferido dar importancia central al contexto, a la época en que me tocó vivir, a mi mundo, a la cultura en la cual nací y trabajé, presentar además una especie de “autorretrato”, y mostrar el devenir de la psicología en la cual estuve inmerso y del cual fui parte activa.

Las grandes transformaciones sociales y culturales que he presenciado a lo largo de mi vida han sido inmensas. Yo nací cuando la II Guerra Mundial estaba en su punto más crucial (1942) y he visto a lo largo del tiempo muchas transformaciones culturales, físicas y económicas. Mi vida ha transcurrido básicamente durante la segunda mitad del siglo XX y las primeras décadas del siglo XXI. El mundo cambió y seguramente seguirá cambiando. En parte he sido testigo de muchos de los avances – y de los retrocesos – más importantes en la historia reciente de la civilización. El mundo era diferente y también lo era la psicología en el contexto internacional y nacional.

LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ

Cuando yo nací no había televisión, ni Internet ni se podía cruzar el océano en pocas horas. No había computadoras personales. Las mujeres no cursaban estudios universitarios – con muy contadas excepciones – ni ocupaban ningún cargo público. Tenían muchos hijos, 8, 10 o más, en otras palabras todos los que biológicamente podían tener. La esposa permanecía en el hogar, cuidando los hijos, manejando las sirvientas y a su vez sirviendo al esposo.

Las viviendas eran grandes casas, con jardines, solares en la parte trasera, muchos dormitorios, habitaciones para las sirvientas (generalmente 3 de ellas, de tiempo completo, que vivían en la casa de los patrones), y una larga entrada llamada zaguán. No había casi departamentos (apartamentos) y vivir en uno de ellos se consideraba poco atractivo: era tener “una casa en el aire”, carecer de jardines, terrazas, espacio para moverse, no poseer un lote de terreno que fuera propio.

La religión era muy importante, muchos países tenían una religión oficial del Estado que era la religión católica, y los sacerdotes influían en la educación, en la política, en las finanzas y en la vida diaria. Nadie quería ser considerado “librepensador”, esa era una mala palabra, parecida a comunista, masón o ateo. En muchas casas se rezaba el rosario alrededor de las 19 horas (7 p.m.), las familias desayunaban juntas, almorzaban juntas y cenaban juntas. Era un honor tener un hijo sacerdote o una hija monja. Los muchachos inteligentes, con ganas de estudiar y de ser útiles a la sociedad consideraban el camino de la vida religiosa como una excelente opción. La Iglesia Católica poseía un Índice de Libros Prohibidos, que crecía cada año y en el cual se encontraban casi todas las obras importantes que había producido la humanidad (desde Hume, Copérnico y Darwin, hasta Unamuno y el colombiano Vargas Vila). Eran los libros más interesantes de leer, los que más aportaban al conocimiento y los menos aburridos. Por estas razones muchas veces se cometía el pecado de buscar una de estas obras “condenadas” en las librerías o en las bibliotecas, y leerla a escondidas. Incluso la Biblia (sin las notas de los exégetas o intérpretes católicos) era un libro prohibido.

Las personas vestían de manera convencional, las mujeres con falda más abajo de la rodilla, los hombres con corbata, a veces chaleco y sombrero. Incluso los jóvenes usaban este atuendo. Los “blue jeans” no habían aparecido y usar ropa ajustada al cuerpo se consideraba de muy mal gusto, tanto en mujeres como en hombres. Los colores vivos no eran apropiados, y una muchacha de 20 años con un traje rojo y zapatos de tacón alto solo podía ser una “perdida” (o sea una prostituta...). No se hablaba de homosexuales, ese era un tema tabú, en familias y escuelas.

Las personas llegaban a la mayoría de edad a los 21 años, no a los 18. Antes de esta edad carecían prácticamente de derechos civiles y sus padres tenían potestad absoluta sobre ellos. Abundaban los castigos físicos severos, las amenazas, el desprecio, la negligencia hacia los niños y los jóvenes. No era infrecuente que un padre castigara con correa a un hijo de 20 años o más por llegar tarde a la cena. No había educación sexual en los colegios y los padres jamás discutían ese tema con los hijos. La madre se encontraba en una compleja situación cuando tenía que explicarle a su hija lo que era la menstruación (cuando era inevitable porque le había llegado en el momento más inoportuno), y a veces los padres llevaban a sus hijos varones a un prostíbulo “para que se volvieran hombres”. Esto a nadie le extrañaba ni le parecía condenable, era un proceso normal de desarrollo para los muchachos. Las niñas llegaban vírgenes al matrimonio, y en la mayor parte de los casos no conocían a lo largo de la vida varón diferente de su esposo.

Las mujeres no votaban ni participaban en la vida política y muy poco en la vida cultural. En Colombia las mujeres ejercieron su derecho al voto por primera vez en el año 1957, lo que es tarde si consideramos a Inglaterra o Estados Unidos, pero no lo es en el contexto latinoamericano. Lentamente las mujeres ascendieron en la política, estudiaron en la Universidad primero Educación o Medicina, luego otras carreras, se tornaron más independientes y gradualmente consideraron que podían tomar sus propias decisiones, aunque el marido continuó siendo el centro de la vida y era quien decía siempre la última palabra.

No había Internet, claro que no. Las cartas, los libros, los decretos del Gobierno, se escribían a mano o en máquina de escribir, primero manual y luego eléctrica. Yo siempre he pensado que escribir una novela muy voluminosa a mano, o un tratado filosófico en máquina de escribir, debe ser una ardua tarea. En muchos casos se escribía una versión del texto, se corregía y luego se pasaba a limpio, por el propio autor o por su secretaria. ¡Todo un trabajo! Con la llegada de los computadores personales y del Internet a finales de la década de 1980, todo cambió. En ese lapso, 1987 a 1990 se implementaron los computadores personales (PC), comenzó a utilizarse el correo electrónico y nadie volvió a escribir libros a mano ni en máquina de escribir. También disminuyó la lectura, la consulta de bibliotecas y el género epistolar. Escribir cartas que eran obras literarias, donde se hablaba de los grandes problemas de la humanidad, fue un género literario que desapareció completamente. Las cartas de los hombres y mujeres famosos, incluyendo las cartas de los psicólogos famosos, son cosa del pasado, de un pasado que no volverá más. Libros como la obra de L. T. Benjamín, *A History of Psychology in Letters* (2006) no podrán incluir cartas de personajes del siglo XXI, simplemente porque dichas cartas no existen.

Las Universidades en Colombia y en el resto del mundo eran, cuando yo llegué a estudiar a una de ellas (1960), un refugio intelectual tremendamente interesante y atractivo. Los estudiantes y profesores eran brillantes, altamente seleccionados y con una motivación enorme por el conocimiento. Se discutía filosofía, literatura, ciencia, arte moderno, viajes por el mundo, se postulaban teorías científicas y se proponían géneros artísticos revolucionarios. Por otra parte, todos los estudiantes eran políticamente izquierdistas, revolucionarios, partidarios de la naciente Revolución Cubana y enemigos del imperialismo. El demonio eran los “yanquis” y se pensaba que toda la cultura venía de Europa. Obvio que no de la España de Franco que estaba en una etapa bastante radical, ni tampoco de Estados Unidos, sino de Francia, Italia e Inglaterra. La Unión Soviética se admiraba profundamente por sus avances en ciencia, tecnología y en el logro de la utopía igualitaria. Se discutía incluso el arte centrado en el “realismo socialista” aunque los jóvenes intelectuales colombianos no siempre lo compartían.

Todos los intelectuales eran anti-clericales. Incluso en las Universidades de rancia tradición católica, ser intelectual era equivalente a ser anti-clerical, librepensador, leer a Darwin y a Marx. Parecía una contradicción lógica que hubiera intelectuales de derecha, o intelectuales católicos o intelectuales conservadores (todo lo cual se suponía que era lo mismo, y que era absurdo). Los jóvenes pensaban – pensábamos – que iba a llegar ese mundo utópico que habían soñado los librepensadores franceses, que se basaría en la libertad, la igualdad, la fraternidad. Y la sociedad sin clases de Marx donde cada uno aportaría según sus posibilidades y recibiría según sus necesidades.

MI TIEMPO Y MI EPOCA

La década de 1960 ha sido tremendamente valorada, se ha considerado el decenio más importante del siglo XX. Fue la época de las grandes revoluciones intelectuales. Del comienzo de la Era Espacial tras el lanzamiento del Sputnik I (1957). De la liberación femenina. De los cambios universitarios en Francia y el resto del mundo (el mes de mayo de 1968 en París, lo recuerdan con nostalgia todos los intelectuales de mi generación). Del control natal (“la píldora”) que permitió revertir la hecatombe poblacional predicha por Malthus y por cualquier persona que tuviera conocimientos elementales de demografía. Del logro de los derechos civiles para los afro-descendientes, gracias a Martin Luther King Jr., tras siglos de esclavitud y de indignante discriminación. La época del existencialismo en Europa y de su versión colombiana el nadaísmo. De la revolución gay (Stonewall). De la Revolución Cubana, del auge de la izquierda entre los intelectuales del mundo, de la guerra fría en su forma más “caliente” como el encontronazo entre el gobierno de John F. Kennedy y la URSS que casi lleva a una Tercera Guerra Mundial que habría comenzado en el Caribe cerca de Cuba. De la llegada del hombre a la luna en 1969. De los tremendos avances en física, química y genética. De la búsqueda de un camino para el llamado Tercer Mundo, con Patricio Lumumba en África y con tantos otros líderes frustrados en el resto del mundo. De la guerra de Vietnam. Del LSD. De las comunas, del hippismo, de hacer el amor y no la guerra. De nuevas tendencias en el arte, y del teatro de Bertold Brecht. Una década que no fue igualada por ninguna otra en el siglo XX.

Fue la década de la juventud. Haber sido joven en la década de 1960 es algo que le agradezco inmensamente a la vida. Yo pasé esta década en la Universidad Nacional de

Colombia como estudiante (desde febrero de 1960), luego de graduarme realicé un extenso y formativo viaje por el mundo con muchas agonías y muchos éxtasis que duró un año, y después estuve largos años en Estados Unidos también como estudiante graduado, cuando se encontraba en su punto más álgido la guerra de Vietnam y ese era el problema central de nosotros los jóvenes del mundo. Regresé a Colombia a comienzos de 1970. La década de los años 60's fue la década de la juventud. Los jóvenes de hoy la consideran como un referente histórico. Para mí es un referente vivencial.

LA PSICOLOGIA

Llegué a la psicología como profesión por el camino de la biología y de la literatura. En Pereira, donde crecí, no había ningún psicólogo cuando yo era estudiante de escuela secundaria ni había conocido a ninguno antes de ingresar a la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá. En cambio había leído muchos libros de psicología, de neurología, genética, evolución, hipnotismo, muchas biografías, novelas psicológicas, y mucha literatura de excelente calidad, como las obras de Shakespeare, Dostoievski, Tolstoi y Stefan Zweig. Este escritor austríaco amigo de Freud, fue uno de mis autores preferidos. Lo leí en su totalidad, todos sus escritos, varios volúmenes de novelas, biografías, ensayos, política, que me influyeron profundamente. También había leído a Thomas Mann, a Herman Hesse, a Nietzsche, Schopenhauer, a Bertrand Russell, a Oscar Wilde y a muchos otros literatos y filósofos de alta calidad.

Todo ello en una mezcla desordenada, a la cual se sumaban las ideas de Darwin y de Ramón y Cajal, mi preocupación profunda por la religión y la filosofía, y por la justicia social. Esto me llevó a pensar que la psicología era el camino apropiado para mis complejas inquietudes intelectuales.

Comencé mis estudios en la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá) en febrero de 1960, a los 17 años. Yo era un jovencito “de provincia” que venía de Pereira, conocía poco a Bogotá y llegaba a la capital y a la Universidad con grandes ilusiones y muchas expectativas. Sin embargo me encontré con algunas sorpresas. En la Facultad de Psicología que era el único centro de formación de psicólogos del país en ese momento, los profesores eran médicos psicoanalistas en su gran mayoría, el programa de estudios (malla curricular) carecía de estructura, el nivel intelectual era muy bajo, nadie tenía muy claro lo que era la psicología como profesión y se confundía con el psicoanálisis y con la psicología clínica y la psiquiatría. Los estudiantes, en cambio eran brillantes y tenían como meta ser psicoterapeutas, que fue algo que a mí nunca me interesó. Hice buenas amistades con algunos de ellos que conservé por años.

En cambio con muchos profesores reviví las tremendas polémicas que había tenido en la escuela secundaria en Pereira. Fui un estudiante contestatario, bien informado, que los profesores respetaban por su capacidad analítica pero que probablemente hubieran preferido no tener en sus clases. Estudié, leí muchos libros de psicología y muchos otros que no eran de psicología, enfrenté a muchos de mis profesores, respeté a otros y adquirí fama de polemizador, crítico y buen estudiante. Era una continuación de mis luchas por encontrar un camino.

La Universidad Nacional de Colombia, en los años 1960-1964 no era solo la Facultad de Psicología, obviamente. Era muchísimo más, y para mí fue un paraíso, me llevó a despertar, a descubrir mundos insospechados y fascinantes. Hice amistad con estudiantes de matemáticas, de ingeniería, de filosofía, de arte. Organizamos grupos de estudio y disfrutamos inmensamente ese recorrido por el mundo de la cultura, de la ciencia, del arte, las humanidades, la política, la izquierda, la búsqueda de justicia social, en la gran década del siglo XX, la década de la juventud, la década de los años 60.

Yo viví la mayor parte de mis años de estudiante muy cerca de la Ciudad Universitaria y pasaba en el campus casi todo el tiempo, incluyendo los domingos y las tardes. Había posibilidad de tomar desayuno, almuerzo y cena en la cafetería de la Universidad a precios irrisorios, lo cual conducía a que se realizaran largas tertulias, que con frecuencia se prolongaban más tarde en mi apartamento. Hablábamos del origen del universo, de la ética evolucionista, del inconsciente, la sexualidad, el conocimiento del mundo, la matemática de Bourbaki, el arte moderno, Bertrand Rusell, la literatura francesa, los últimos libros de Sartre y de Camus, y de todos los temas humanos y divinos. Mis amigos que procedían de tantas carreras diferentes eran iguales a mí, unos jóvenes preocupados por el mundo en que vivían, tremendamente inteligentes y tremendamente desorientados.

Varias asignaturas las tomé en otras Facultades de la Universidad Nacional, porque consideraba que poseían un nivel intelectual más exigente. En la Facultad de Psicología los cursos de psicoanálisis, repetidos una y otra vez (como psicología evolutiva, como psicología clínica, como personalidad, etc.), me parecieron terriblemente aburridos. A mí nunca me convenció el psicoanálisis, a diferencia de mis compañeros que en la mayoría de los casos asimilaban esas ideas sin discutirlos mucho. Yo sabía que esa no era la vía, aunque no sabía cuál era el camino. Estaba seguro de que la psicología tenía que ser mucho más que psicoanálisis. Me dediqué a leer obras de historia de la psicología (los libros de Murphy, Boring, Brett), y me convencí de que había muchos caminos que no eran el psicoanálisis. Pero tampoco creí que la psicología fuera una ciencia carente de unidad, con escuelas como el estructuralismo, el funcionalismo, el conductismo, la psicología existencial y demás. La biografía de Freud escrita por Ernest Jones era fascinante, y también los trabajos de Jung. Pero el test de Rorschach, el TAT, otras pruebas proyectivas, las absurdas especulaciones que se asumían como dogmas entre mis profesores, acerca del inconsciente, los mecanismos de defensa, el tánatos, los estadios de la sexualidad infantil etc., me producían un rechazo total. Estudié esos temas con gran cuidado antes de rechazarlos y mis calificaciones de clase en esas asignaturas siempre fueron altas. Para decir que el Rorschach no tenía validez ni poder predictivo en clínica, tenía que estudiarlo con gran cuidado, y justificar exhaustivamente mis afirmaciones.

Para mis profesores y también para la mayor parte de mis compañeros de clase (con quienes tenían grupos de estudio y hablábamos muchas horas en el contexto más cordial e intelectual imaginable), psicología era igual a psicología clínica e igual a psicoanálisis. La única diferencia con los psiquiatras era que nosotros no éramos médicos. Pero hacíamos lo mismo, o sea analizar el inconsciente de pacientes a los cuales acostábamos en divanes 5 veces por semana a lo largo de varios años.

Unos pocos profesores no enseñaban psicoanálisis sino psicometría. Eran tests con mejor sustrato científico, con base matemática, con una sustentación estadística sólida y creíble. El Weschler, el Raven, el MMPI, me interesaron. El tema de las diferencias individuales en inteligencia y en personalidad, las diferencias de género, raza, clase social, edad, cautivaron mi atención. Estudié sobre estos temas por mi cuenta más allá de lo que se solicitaba en la Universidad. Escribí algo, presenté trabajos en la Universidad. En ese momento mis lecturas eran más ordenadas y sistemáticas, mucho más estructuradas de lo que habían sido antes. A mis 20 años sabía cómo leer un libro, buscar otros sobre el mismo tema y temas afines, hacer resúmenes, contrastar ideas, extraer los conceptos principales, discutirlos, re-leerlos y re-analizarlos.

De todos modos la psicometría tampoco era el camino para mí, aunque siempre la respeté y continué respetándola. Tenía que haber otro camino, pero ¿cuál era?

En esa época entendí que existía un problema de identidad en los profesionales de áreas nuevas. ¿Qué era un psicólogo? ¿En qué se diferenciaba de un psiquiatra y de un psicoanalista? ¿Era necesario estudiar medicina para poder ser psicoterapeuta? ¿Teníamos nosotros un campo de trabajo diferente o igual al de los médicos, al de los psiquiatras, los psicoanalistas, los pedagogos? Estos temas ocuparon mi tiempo y mis intereses y dieron origen a mi tesis para optar al grado de Psicólogo que se tituló: *La Profesión de Psicología* (1964). Fue un tópico en el cual trabajé más adelante por varias décadas más, en la organización gremial de la psicología, su reconocimiento jurídico, la promulgación de un Código de Ética para psicólogos, las relaciones con profesiones afines, y asuntos similares.

Lo interesante era que los problemas de identidad profesional no eran exclusivos de los psicólogos. *Los sufrían todos los profesionales de disciplinas nuevas o jóvenes*, como arquitectura, economía, odontología. Más adelante aparecieron la sociología, la antropología, la lingüística, también con crisis de identidad profesional como la que poseían los economistas, los arquitectos o nosotros.

EL TRABAJO

El trabajo ha sido un eje central de mi vida, y dentro de él la investigación científica y la escritura de libros y artículos. No me convertí en un escritor de obras de ficción porque me pareció que podía hacer mejor labor en otro campo. En ciencia, y específicamente en psicología. Aunque es claro que estas decisiones vitales no se toman de manera totalmente racional y planeada. Sigo leyendo libros de literatura, historia, arqueología, astronomía, y no me arrepiento de haber abandonado la literatura como camino, aunque en realidad nunca lo intenté con seriedad. Mis novelas publicadas, *Nefertiti* (1961) y *Walden Tres* (1979) son más unas críticas sociales que contribuciones a la literatura. No creo haber realizado aporte alguno a la literatura colombiana ni latinoamericana.

Mis libros han sido muchos y sobre temas variados, casi siempre con base en alguna investigación científica. Han versado sobre psicología del aprendizaje, psicobiología, análisis del comportamiento, metodología, historia de la psicología en Colombia, América Latina y en el mundo, la profesión del psicólogo, ética, psicología social, problemas sociales, aspectos conceptuales y filosóficos de la psicología. Mi libro que más acogida

tuvo fue *Psicología del Aprendizaje* (1970) del cual se publicaron 27 ediciones. La *Psicología del Hombre Colombiano* (1992), *La Psicología en América Latina, Pasado, Presente y Futuro* (1986), *Philosophy of Psychology* (con Mario Bunge, 1987) y especialmente la *Síntesis Experimental del Comportamiento* (1993), son trabajos por los cuales quisiera ser recordado.

Los 300 o más artículos científicos son prueba de mi interés en la ciencia y en la investigación. Se basan en proyectos científicos, en pesquisas sobre variados tópicos. Unos cuantos trabajos de divulgación en los periódicos, ante todo en *El Tiempo* se refieren a los “grandes temas” (los “big issues”), siempre dentro de la perspectiva de la psicología científica.

La *Revista Latinoamericana de Psicología (RLP)*, fundada en 1969, y *Avances en Psicología Latinoamericana (APL)* fundada en 1982 como *Avances en Psicología Clínica Latinoamericana (APCL)*, fueron empresas ampliamente reconocidas por la comunidad psicológica internacional. La idea era crear un foro de alto nivel científico para la psicología en lengua española, a la altura de los mejores del mundo (que siempre estaban en inglés). Este foro de la psicología en castellano llegó tan lejos como yo había querido e incluso más. Dirigí la RLP durante 35 años desde 1969 hasta 2004 y APCL desde durante 22 años 1982 hasta 2004.

La Fundación Rubén Ardila para el Avance de la Psicología (que siempre se presentó como Fundación para el Avance de la Psicología, FAP) fue creada en 1977, con el fin de publicar las dos revistas, APCL y RLP, financiar investigaciones científicas en psicología, colaborar en el desarrollo de la psicología científica en América Latina, organizar seminarios, talleres y publicaciones. No realizó grandes actividades ni contó con suficientes recursos para cumplir sus ambiciosas metas, pero en forma modesta alcanzó los objetivos para los cuales fue creada. Es de esperar que la FAP continúe sus labores por las décadas venideras. Ahora la RLP y APL no son parte de la FAP, pero en cambio le compete la financiación de proyectos de investigación, los reconocimientos a colegas, la promoción de la psicología científica, el apoyo a quienes participan en Congresos científicos, etc.

¿DÓNDE PERTENECEMOS?

En el período histórico en el cual me ha correspondido vivir, en este espacio y en este tiempo, el concepto de patria, de nación, de pertenencia cultural ha tenido numerosos altibajos. Yo pensé muchas veces en cuáles eran los límites de mi mundo, no solo a nivel de conocimientos, de contexto histórico, de ideología, sino también a nivel de país y de cultura.

Gran cantidad de gente se identifica con la región del país donde nació. En Colombia uno es fundamentalmente parte de una sub-cultura: uno es paisa, costeño, santandereano, valluno, llanero, opita... Pero otra identificación mayor es con el país, todos somos colombianos. Otra es con América Latina, otra con la civilización occidental y otra con el mundo entero. ¿Dónde pertenecía yo? ¿A mi sub-cultura, a mi país, a América Latina o en realidad era “ciudadano del mundo”? Esto último me parecía un poco arrogante

y ese no era en absoluto mi estilo personal. No soy arrogante ni creo haberlo sido nunca, reconozco mis limitaciones, mis debilidades y estoy seguro de no tener todas las respuestas a ningún problema.

Con el paso del tiempo decidí que era ciudadano en todas esas acepciones, pero ante todo *ciudadano de América Latina*. Una categoría que no existía, ni existe todavía y que supongo alguien inventará algún día. Yo había nacido en San Vicente, Colombia, en la cultura de Santander, había crecido en la cultura paisa (Pereira), vivía en el altiplano cundi-boyacense (en Bogotá), me identificaba con la civilización de América latina y había descubierto que todos los hombres y mujeres del planeta, más allá de las limitaciones culturales y lingüísticas, compartimos muchas cosas, somos un solo pueblo. Era la cultura planetaria, en el fondo la “raza cósmica” del mexicano José de Vasconcelos pero en una acepción mucho más amplia.

Era también un cierto tipo de humanismo, de respeto por las diferencias, de valoración de la capacidad de las personas para encontrar su propio camino. De entender que somos todos iguales y todos somos diferentes.

En el siglo XXI han renacido muchos nacionalismos, muchos conflictos de culturas y de religiones, muchos atavismos que creíamos que habían sido superados gracias a la ciencia. Pero estaban presentes y revivieron ante nuestros ojos. La irracionalidad, los conflictos, los diálogos de sordos, los nacionalismos y regionalismos, han revivido y han sido característicos de estas décadas. Como si la humanidad no aprendiera de sus errores, como si no conociera su dolorosa historia y estuviera condenada a repetirla.

¿QUIEN SOY YO?

Nunca he creído que un ser humano pueda ser un buen observador de sí mismo. Creo que no somos capaces de mirarnos con objetividad, y hacer una evaluación adecuada de nuestro comportamiento. Uno es mejor observador de los otros que de sí mismo. Pero a pesar de ello, quisiera intentar presentar un breve “autorretrato”, con todas las limitaciones que esto conlleva.

Yo he sido ante todo un hombre interesado *en entender el mundo y en entender mi propio mundo*. Esto me ha llevado después de una indagación larga y tortuosa, a la búsqueda de la verdad científica. Creo en la capacidad humana de conocer, de amar, de ser solidario, de corregir los errores, de perdonar, de ser perdonado y de encontrar nuestro propio camino. Creo en que la persona es artífice de su propia historia.

Una de mis características más centrales de comportamiento es la *persistencia*, la búsqueda de metas a largo plazo, *el compromiso* con lo que hago. No me doy por vencido fácilmente, reinicio el camino, lucho con ahínco, no me retiro de un camino por tortuoso que parezca, no me asustan las dificultades y persisto hasta que logro la meta (o por el contrario en algunos pocos casos, hasta que considero que la meta es imposible de alcanzar en términos realistas).

Otra de mis características personales más definitorias es que *soy tremendamente sensible al dolor humano*. Sufro con los que sufren, agonizo con sus dificultades, quisiera que los grandes problemas de la humanidad no fueran tan complejos e inmanejables (la pobreza, la violencia, la marginalidad, la discriminación). Aunque en la mayor parte de los casos no expreso al exterior estas tremendas angustias existenciales, están siempre presentes. El dolor del mundo, el peso arrollador de las injusticias, la falta de solidaridad, la alienación, la anomía, la falta de respeto por las diferencias, observar el transcurrir monótono de vidas que se pierden por falta de oportunidades, la desesperación de la gente por encontrar un camino y por tratar de convertir en realidad lo que sienten que pueden llegar a ser. “La indiferencia de los buenos” y la marginación de las inmensas masas sufrientes.

Esa profunda *solidaridad con el dolor humano* me habría podido convertir en un crítico social, en un político, en un poeta o en un alienado de mi mundo. También en un revolucionario, o en un nihilista como muchos de mi generación. Nada de eso ocurrió. No creo que hubiera podido ser un buen político ni un buen nihilista.

El interés en conocer, en entender el mundo y mi propio mundo, y mis lecturas desordenadas sobre filosofía, ciencia, literatura, viajes, me llevaron a convencerme de que *el camino del conocimiento era mi camino*. No porque hubiera estudiado en un buen colegio, ni proviniera de una familia de intelectuales, ni hubiera tenido un mentor o guía espiritual. No conté con ninguna de estas ventajas. Fue un camino bastante solitario.

La religión, a su vez fue tremendamente relevante en los comienzos de la adolescencia. Como lo fue también la ciencia. Ese interés por entender el mundo de la astronomía, la evolución y la física, y al mismo tiempo el mundo de los valores, del sentido de la vida, del bien y el mal, me llevaron a profundos desconciertos y a una serie de reflexiones. Fue un período de agonía y de éxtasis. Un período de confusión, de toma de decisiones, de discusiones con compañeros del colegio que estaban tan confundidos como yo y por lo tanto realmente no podíamos ayudarnos mucho unos a otros.

Yo provenía de una familia católica como lo eran en esa época la gran mayoría de las familias colombianas. Mi padre era un hombre de enorme inteligencia, muy analítico en sus conceptos y con él hablé algunas veces sobre las relaciones entre religión y ciencia. Mi madre era una mujer dulce y maravillosa, con la cual nunca hablé de esos temas por respeto a ella. Mis profesores del colegio no eran los mejores interlocutores y yo llegué a pensar que sabía mucho más sobre evolución, sobre cosmología, sobre la multiplicidad de las religiones que había en el mundo, de lo que sabían mis profesores. Los libros de Darwin, en sus obras originales traducidas al español y que eran unos textos larguísimos y complicadísimos de entender para un chico de 13 años, fueron mis guías. También los libros de Ramón y Cajal, a quien considero como uno de los pensadores que más han influido en mi desarrollo intelectual. En conjunto serían Darwin, Ramón y Cajal, Bertrand Russell y B.F. Skinner. Sin que ello implique una jerarquía aunque tal vez sí implique un orden cronológico, fueron estos pensadores las influencias intelectuales más decisivas en mi vida. Junto con Stefan Zweig, a quien me referí anteriormente.

De las lecturas de Darwin y de Ramón Cajal, intuí que la ciencia podía dar respuesta a las preguntas tradicionales de la humanidad, relacionadas con los valores, el sentido de la vida. Me alejé de la religión católica, y de cualquier cosmovisión religiosa, antes de cumplir 14 años. Esta decisión fue importante, y orientó mi vida en muchos sentidos. Desde los 14 años me considero “no teísta”.

Pero al mismo tiempo esta ruptura con las respuestas tradicionales complicó mi existencia y me puso a bregar por hallar soluciones no teístas a mis angustias existenciales relacionadas con el dolor del mundo, las injusticias sociales, el enorme vacío que era consecuencia de pensar que el universo pudiera no tener un significado absoluto y que *la vida solo iba a tener el sentido que le fuera a dar a mi propia vida*. ¡Toda una maraña filosófica para un jovencito adolescente a finales del decenio de 1950, habitante de una ciudad de 100.000 personas, situada en un país que en ese entonces se encontraba en un estadio bastante limitado de desarrollo!

El haber tomado la vida tan en serio, desde tan temprano, no ha sido bueno. Persistí en mis ideas, seguí leyendo sobre astronomía y sobre evolución, discutí por muchas horas con mis amigos (tan despistados como yo), me enfraqué en problemas con mis profesores de colegio por pretender saber más que ellos. Escribí mucho. Escribí un libro de astronomía, muchos poemas románticos, un par de novelas, algunos ensayos sobre evolución para el periódico del colegio. Creí que mi camino era ser escritor, era ser poeta, literato, ensayista.

Para llegar a ser escritor es preciso ser un solitario. Es preciso ser capaz de “vivir conmigo mismo” durante largos períodos de tiempo. No se escribe un libro de ensayos en un par de semanas, ni una novela ni una teoría científica o filosófica en un par de meses. Son procesos largos, de períodos prolongados de soledad. Ello solo lo pueden tolerar los “introvertidos” y yo definitivamente encajo muy bien en la definición de introvertido. Alguna vez le pregunté personalmente a Hans J. Eysenck cómo se autodefinía él a sí mismo en su teoría de la personalidad y dijo que introvertido estable. Creo que lo mismo podría definirme yo.

He sido igualmente una persona *muy amante de mi familia*, de mis parejas, de mis amigos, de mi profesión, del sitio donde laboro, de mi gente, de mi mundo. Me identifico con la psicología, que se convirtió en el centro de mi vida desde la década de mis 20 años. Me identifico con la gente que ha compartido mi vida y mi mundo, con mi hijo y su familia nuclear, con mis colegas, con la Universidad, con ese complejo país llamado Colombia y con la variopinta y contradictoria cultura latinoamericana. Claro que también con la humanidad en su conjunto y con esa respuesta afectiva que encuentro en personas que parecerían ser demasiado diferentes a mí, pero que en el fondo se parecen mucho.

Creo que la vida ha sido generosa conmigo, he conocido personas maravillosas y he estado en el lugar preciso en la época precisa. He amado y me han amado. Pienso que *mis compañeros de viaje han sido solidarios* y que la vida ha sido grata en términos amplios. Pero nada se me ha regalado, nada me ha sido fácil, sino que tenido que luchar, persistir, equivocarme, encontrar mi propio camino, construir un contexto, “hacer camino al andar”.

SER DIFERENTE

Durante gran parte de mis años mozos me sentí diferente a los demás, extraño, un “outsider” como si hubiera venido de otro planeta. Era una sensación extraña, agrisada, poco grata para alguien que deseaba ser aceptado y amado, tener “un millón de amigos” como dice la canción, y estar de acuerdo con las personas a su alrededor y con muchas otras. Fue una sensación de ser diferente, ni mejor ni peor, sino distinto.

En la escuela secundaria esto se centró en pertenecer a una familia que se había trasladado de una región del país, a otra, bastante diferente. Igualmente en ser una persona que tomaba la vida demasiado en serio mientras mis compañeros se divertían enormemente y parecían ser felices y encantadores. Yo también era un chico bien adaptado, con sentido de humor, con muchos amigos, de risa fácil, que socializaba con las personas (aunque no tan fácilmente como lo hacían los demás compañeros). Pero era una persona diferente y extraña por mis polémicas con los profesores sobre temas de religión y ciencia, por estudiar muchos libros que nadie me pedía que estudiara. Por creer que podía haber una ética independiente de las religiones y con un contexto evolucionista. Y también por mi orientación sexual.

Las personas de la comunidad LGBT (lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas) casi siempre reportan esos problemas de aislamiento y soledad en la adolescencia, de depresión, de tener un “secreto que era muy peligroso confiar a otra persona”, reportan problemas asociados con el hecho de ser diferente y extraño. El término “queer” en inglés, significa ante todo diferente, extraño. Distinto de los otros. Mi orientación sexual se definió a lo largo del tiempo, después de un proceso largo y complejo. Pero no fue un asunto penoso, ni me sentí avergonzado ni discriminado. Como dijo un colega, a mí la historia no me va a evaluar por mi orientación sexual sino por el trabajo que estoy realizando en ciencia, en la organización gremial de la psicología, en ser vocero de la disciplina, en mis investigaciones y publicaciones. *No me evaluará por lo que haga en la cama ni con quién lo haga.*

Pero para llegar a ese estadio de claridad y definición tuve que pasar varios años de “agonía y éxtasis”. En este momento de mi existencia la orientación sexual es un aspecto más de mi personalidad, como tener ojos oscuros en lugar de ojos claros, ser diestro en lugar de zurdo, y poseer mejor aptitud para las matemáticas que para las lenguas extranjeras. Un aspecto más de ese enorme conjunto de características personales que conforma un individuo.

Yo trabajé mucho por la liberación gay, desde que me enteré de que existía un movimiento social con ese objetivo. Participé en grupos de trabajo en Puerto Rico cuando fui profesor visitante en ese país, traté de organizar un grupo en Colombia, fui miembro de las primeras asociaciones, presenté trabajos en congresos de psiquiatría y psicología, estuve de acuerdo con los esfuerzos por lograr integrar esta minoría en la sociedad. Escribí artículos en los periódicos del país sobre ciencia y orientación sexual. No fue un trabajo fácil, pero tampoco lo habían sido las demás tareas que había emprendido a lo largo de la vida. Ninguna de las tareas que me auto-impuse fue fácil.

Pero yo era también diferente por muchas otras cosas, no solo por asuntos de orientación sexual. También por tomar la vida tan en serio. Por sufrir tanto con la miseria humana y con el dolor ajeno. Por pensar que se podía organizar una sociedad utópica en el trópico sin ayuda de nadie sino de un grupo de jóvenes idealistas (*Walden Tres*, 1979, y en el mundo real y no utópico como la comunidad que lograron organizar Los Horcones de México). Yo era diferente por pensar que las cosas buenas iban a perdurar para siempre, que mis amigos lo iban a ser a lo largo de toda la vida, que las naciones podían encontrar puntos de convergencia, que las personas eran solidarias y respetuosas de los demás. Que el futuro que esperaba a mi hijo y a mi nieto era mucho mejor que el mundo en el cual yo había vivido. Fui un optimista radical aunque cada día me encontraba con argumentos que contradecían mis ideas positivas y optimistas. La humanidad era mucho menos racional y lógica de lo que yo hubiera deseado. El que considere que el hombre es un animal racional es que no conoce la historia, señaló alguna vez Bertrand Russell.

EL CONTEXTO FAMILIAR

Mi familia cercana estuvo muy influida por mi padre, un hombre sumamente inteligente, trabajador, obstinado y exigente. Y por mi madre, una mujer dulce y solidaria, que habría podido llegar a ser una gran poeta. Soy el mayor de 5 hermanos, el segundo de los cuales es médico endocrinólogo (Enrique), el siguiente psicólogo dedicado a la psicobiología (Alfredo), la siguiente lingüista investigadora sobre lenguas indígenas (Olga), y la más joven (Martha) experta en política internacional. Una familia de personas que toman muy en serio su trabajo, saben que es preciso ser perseverantes, obstinados y tercos si se desea lograr algo importante en la vida.

Esto se aplica también a las siguientes generaciones. David mi hijo estudió Física y cursó un Ph.D. en Astrofísica en la Universidad de California en Berkeley. Trabaja con la NASA en California. Mi esposa Ana Lucía dedicó parte de su vida a la Antropología. Mis sobrinos siguen la tradición iniciada por mi generación, de trabajar, trabajar y trabajar. De no tomar en serio el dinero, el poder ni el estatus, ser ciegos a las diferencias de clase social, de raza y de género. Ser tolerantes con las ideas ajenas (siempre que lo sean con las nuestras). Y pensar que pueden cambiar el mundo a base de esfuerzo e inteligencia.

Sin duda se trata de un contexto familiar complejo. Yo me siento sumamente orgulloso de mi hijo David, de mi nieto Alejandro, de mi nuera (Debi), de mis hermanos, de mis padres. Y también de mis parejas a lo largo de la vida y de mis amigos y colegas, de mis colaboradores y de mis alumnos a ambos lados del Atlántico. Todos ellos, durante muchas décadas, han sido mis compañeros de viaje por la vida.

LA SIGUIENTE ETAPA

Lo que sigue en mi vida es continuar los trabajos iniciados durante estos decenios. Tratar de que “el legado”, que con tanta generosidad señalaron quienes se dedicaron a la tarea de presentarlo y analizarlo (ver Flórez Alarcón, 2003), se consolide. Realizar varias investigaciones que quedaron pendientes. Actualizar algunos de mis libros. Escribir sobre ciertos temas que han quedado en el tintero por falta de tiempo y por otras prioridades. Responder a algunas preguntas de investigación que no he podido todavía contestar.

Yo disfruté mucho la compañía de las personas que me acompañaron en este viaje por la vida. Mi familia nuclear y mi familia extensa, mis amigos, mis colegas, mis críticos, mis estudiantes, las maravillosas personas que se solidarizaron con mis esfuerzos a lo largo del tiempo. Sin ellos y ellas, de muchos países, de varias culturas y de varias generaciones, mi vida no habría podido ser lo que fue.

REFERENCIAS

- Ardila, R. (1961). *Nefertiti, reina de Egipto*. Bogotá: Editorial Iqueima.
- Ardila, R. (1964). *La profesión de psicología*. Bogotá: Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Colombia, tesis de grado inédita.
- Ardila, R. (1970). *Psicología del aprendizaje*. México, D.F. Siglo XXI Editores
- Ardila, R. (1979). *Walden tres*. Barcelona: Editorial CEAC
- Ardila, R. (1986). *La psicología en América Latina, pasado, presente y futuro*. México, D.F., Siglo XXI Editores.
- Ardila, R. (1992). *Psicología del hombre colombiano*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Ardila, R. (1993). *Síntesis experimental del comportamiento*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Ardila, R. (1994). Autobiografía de un psicólogo latinoamericano. *Revista de Historia de la Psicología* (España), 15, 17-49.
- Ardila, R. (2012). *Autobiografía. Un punto en el tiempo y en el espacio*. Bogotá: Editorial Manual Moderno.
- Benjamín, L. T. (2006). *A history of psychology in letters*. (2nd.ed.). Oxford: Blackwell.
- Bunge, M., & Ardila, R. (1987). *Philosophy of psychology*. New York: Springer Verlag

LIBRO SOBRE LA OBRA DE RUBEN ARDILA

- Flórez Alarcón, L. (2003). *El legado de Rubén Ardila. Psicología: de la Biología a la cultura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

LIBROS PUBLICADOS

1. **Psicología del aprendizaje.** México: Editorial Siglo XXI, 1970. (27 Ediciones publicadas).
2. **Psicología experimental, manual de laboratorio.** México: Editorial Trillas, 1971.
3. **Los pioneros de la psicología.** Buenos Aires: Editorial Paidós, 1971.
4. **La psicología contemporánea, panorama internacional.** Buenos Aires: Editorial Paidós, 1972.
5. **Psicología del trabajo.** Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1972.
6. **Psicología fisiológica.** México: Editorial Trillas, 1973.
7. **La psicología en Colombia, desarrollo histórico.** México: Editorial Trillas, 1973.
8. **El análisis experimental del comportamiento, la contribución latinoamericana.** México: Editorial Trillas, 1974.
9. **Investigaciones psicológicas.** Bogotá: Editorial Siglo XXI, 1977.
10. **La profesión del psicólogo.** México: Editorial Trillas, 1978.
11. **Los orígenes del comportamiento humano.** Barcelona: Editorial Fontanella, 1979.
12. **Walden tres.** Barcelona: Editorial CEAC, 1979.

13. **Cien años de psicología** (Con M. Rezk). México: Editorial Trillas, 1979.
14. **Terapia del comportamiento, fundamentos, técnicas y aplicaciones**. Bilbao, España: Editorial Desclée de Brouwer, 1980.
15. **Altruismo, bases biológicas, psicológicas y sociales** (Con A. N. Rivera). Bogotá: Editorial Universidad Santo Tomás, 1983.
16. **El futuro de la psicología**. Barranquilla: Ediciones Pedagógicas Latinoamericanas, 1984.
17. **La psicología en América Latina, pasado, presente y futuro**. México: Editorial Siglo XXI, 1986.
18. **Impacto psicológico de la guerra nuclear**. Bogotá: Editorial Catálogo Científico, 1986.
19. **Psicología del hombre colombiano**. Bogotá: Editorial Planeta, 1986.
20. **Philosophy of psychology** (Con M. Bunge). New York: Springer Verlag, 1987.
21. **Síntesis experimental del comportamiento**. Bogotá: Editorial Planeta, 1993.
22. **Psicología en Colombia. Contexto social e histórico**. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993.
23. **Homosexualidad y psicología**. México: Editorial Manual Moderno, 1998.
24. **Manual del análisis experimental del comportamiento**. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1998.

25. **The experimental analysis of behavior.** Bogotá: Fundación para el Avance de la Psicología, 1999.
26. **Código ético del psicólogo.** Bogotá: Editorial ABC, 2000.
27. **La psicología en el futuro.** Madrid: Editorial Pirámide, 2002.
28. **La ciencia y los científicos, una perspectiva psicológica.** Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2004.
29. **Prácticas culturales en adolescentes, medios masivos de comunicación y diseño cultural** (con M. Sandoval). Bogotá: Comisión Nacional de Televisión, 2006.
30. **El mundo de la psicología.** Bogotá: Editorial Manual Moderno, 2011.
31. **Autobiografía. Un punto en el tiempo y en el espacio.** Bogotá: Editorial Manual Moderno, 2012.
32. **Historia de la psicología en Colombia.** Bogotá: Editorial Manual Moderno, 2013.